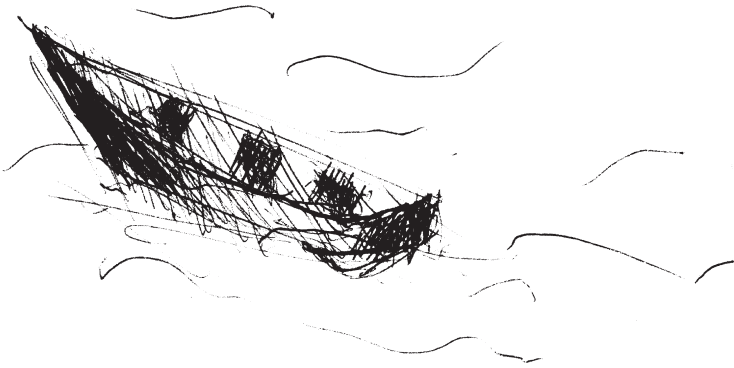






JOSÉ HIERRO

POEMAS Y DIBUJOS



nº 4

Colección *Espada de Luz*
SERIE LITERATURA

© *De los poemas y dibujos*: José Hierro

© *De la selección*: Antonio Carvajal y Antonio Chicharro

Edición al cuidado de: Antonio Chicharro

Edición no venal

Editan: Asociación de Padres de Alumnos "Torres Bermejas"

Instituto "Alhambra" de Granada

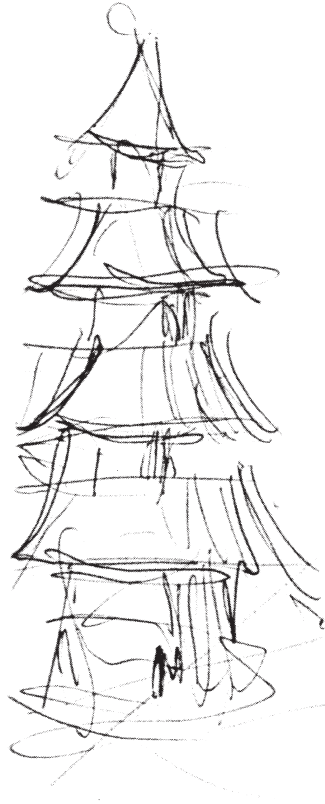
Depósito legal: Gr-1.472/98

Imprime: La Gráfica, S.C.And.
c/ Ricardo del Arco, 4 y Ziríes, 1.
18005 Granada

PRESENTACIÓN

No cabría en las páginas todas de esta publicación una presentación ajustada a la altura de lo que ha significado y significa la obra poética de José Hierro, maestro de la poesía española, Premio Adonais, Premio Nacional de Poesía, Premio de la Crítica, Premio de Poesía de la Fundación Juan March, Premio Nacional de las Letras Españolas y Premio Príncipe de Asturias de Literatura. En consecuencia, las presentes palabras liminares sólo tienen dos propósitos: el primero, mostrar públicamente nuestro agradecimiento al poeta por habernos autorizados a publicar una breve antología de sus versos y a incluir una muestra de dibujos suyos originales que en principio no nacieron sino para cumplir un testimonio de amistad y ser signo de la variedad expresiva de una misma radical comprensión estética de la vida; el segundo propósito no es otro que informar al lector de la selección efectuada.

Los poemas antologados pertenecen a sus libros Tierra sin nosotros (“Canción de cuna para dormir a un preso”), de 1947; Alegría (“Respuesta”), de 1947; Quinta del 42 (Para un esteta”), de 1952; Cuanto sé de mí (“Las nubes”), de 1958; Libro de las alucinaciones (“Teoría y alucinación de Dublín”), de 1964; y Cuaderno de Nueva York (“Los claustros” y “Vida”), de 1998. Por lo que respecta a los dibujos reproducidos, éstos han sido hechos sobre papel, en formato de 21 x 29,7 cm., salvo el de la cubierta que se integra en la dedicatoria de un libro. Los dibujos pertenecen a las colecciones de Antonio Callejas, Antonio Carvajal y Antonio Chicharro.



CANCIÓN DE CUNA
PARA DORMIR A UN PRESO

LA gaviota sobre el pinar.
(La mar resuena.)
Se acerca el sueño. Dormirás,
soñarás, aunque no lo quieras.
La gaviota sobre el pinar
goteado todo de estrellas.

Duerme. Ya tienes en tus manos
el azul de la noche inmensa.
No hay más que sombra. Arriba, luna.
Peter Pan por las alamedas.
Sobre ciervos de lomo verde
la niña ciega.
Ya tú eres hombre, ya te duermes,
mi amigo, ea...

Duerme, mi amigo. Vuela un cuervo
sobre la luna, y la degüella.
La mar está cerca de ti,
muerde tus piernas.
No es verdad que tu seas hombre;
eres un niño que no sueña.
No es verdad que tú hayas sufrido:
son cuentos tristes que te cuentan.
Duerme. La sombra toda es tuya,
mi amigo, ea...

Eres un niño que está serio.
Perdió la risa y no la encuentra.
Será que habrá caído al mar,
la habrá comido una ballena.
Duerme, mi amigo, que te acunen
campanillas y panderetas,
flautas de caña de son vago
amanecidas en la niebla.

No es verdad que te pese el alma.
El alma es aire y humo y seda.
La noche es vasta. Tiene espacios
para volar adonde quieras,
para llegar al alba y ver
las aguas frías que despiertan,
las rocas grises, como el casco
que tú llevabas a la guerra.
La noche es amplia, duerme, amigo,
mi amigo, ea...

La noche es bella, está desnuda,
no tiene límites ni rejas.
No es verdad que tú hayas sufrido,
son cuentos tristes que te cuentan.
Tu eres un niño que está triste,
eres un niño que no sueña.
Y la gaviota está esperando
para venir cuando te duermas.
Duerme, ya tienes en tus manos
el azul de la noche inmensa.
Duerme, mi amigo...

Ya se duerme
mi amigo, ea...



RESPUESTA

QUISIERA que tú me entendieses a mí sin palabras.
Sin palabras hablarte, lo mismo que se habla mi gente.
Que tú me entendieses a mí sin palabras,
como entiendo yo al mar o a la brisa enredada en un álamo
verde.

Me pregunto, amigo, y no sé qué respuesta he de darte.
Hace ya mucho tiempo aprendí hondas razones que tú no
comprendes.
Revelarlas quisiera, poniendo en mis ojos el sol invisible,
la pasión con que dora la tierra sus frutos calientes.

Me preguntas, amigo, y no sé qué respuesta he de darte.
Siento arder una loca alegría en la luz que me envuelve.
Yo quisiera que tú la sintieras también inundándote el alma,
yo quisiera que a ti, en lo más hondo, también te quemase y
te hiriese.
Criatura también de alegría quisiera que fueras,
criatura que llega por fin a vencer la tristeza y la muerte.

Si ahora yo te dijese que había que andar por ciudades perdidas
y llorar en sus calles oscuras sintiéndose débil,
y cantar bajo un árbol de estío tus sueños oscuros,
y sentirse hecho de aire y de nube y de hierba muy verde...

Si ahora yo te dijera
que es tu vida esa roca en que rompe la ola,
la flor misma que vibra y se llena de azul bajo el claro nordeste,
aquel hombre que va por el campo nocturno llevando una
antorcha
aquel niño que azota la mar con su mano inocente...

Si yo te dijera estas cosas, amigo,
¿qué fuego pondría en mi boca, qué hierro candente,
qué olores, colores, sabores, contactos, sonidos?
Y ¿cómo saber si me entiendes?
¿Cómo entrar en tu alma rompiendo sus hielos?
¿Cómo hacerte sentir para siempre vencida la muerte?
¿Cómo ahondar en tu invierno, llevar a tu noche la luna,
poner en tu oscura tristeza la lumbre celeste?

Sin palabras, amigo; tenía que ser sin palabras
como tú me entendieses.



PARA UN ESTETA

Tú que hueles la flor de la bella palabra
acaso no comprendas las mías sin aroma.
Tú que buscas el agua que corre transparente
no has de beber mis aguas rojas.

Tú que sigues el vuelo de la belleza, acaso
nunca jamás pensaste cómo la muerte ronda
ni cómo vida y muerte –agua y fuego– hermanadas
van socavando nuestra roca.

Perfección de la vida que nos talla y dispone
para la perfección de la muerte remota.
Y lo demás, palabras, palabras y palabras,
¡ay, palabras maravillosas!

Tú que bebes el vino en la copa de plata
no sabes el camino de la fuente que brota
en la piedra. No sacias tu sed en su agua pura
con tus dos manos como copa.

Lo has olvidado todo porque lo sabes todo.
Te crees dueño, no hermano menor de cuantos nombras.
Y olvidas las raíces (“mi Obra”, dices), olvidas
que vida y muerte son tu Obra.

No has venido a la tierra a poner diques y orden
en el maravilloso desorden de las cosas.
Has venido a nombrarlas, a comulgar con ellas
sin alzar vallas a su gloria.

Nada te pertenece. Todo es afluente, arroyo.
Sus aguas en tu cauce temporal desembocan.
Y hechos un solo río os vertéis en el mar
“que es el morir”, dicen las coplas.

No has venido a poner orden, dique. Has venido
a hacer moler la muela con tu agua transitoria.
Tu fin no está en ti mismo (“mi Obra”, dices), olvidas
que vida y muerte son tu obra.

Y que el cantar que hoy cantas será apagado un día
por la música de otras olas.



LAS NUBES

INÚTILMENTE interrogas.
Tus ojos miran al cielo.
Buscas, detrás de las nubes,
huellas que se llevó el viento.

Buscas las manos calientes,
los rostros de los que fueron,
el círculo donde yerran
tocando sus instrumentos.

Nubes que eran ritmo, canto
su final y sin comienzo,
campanas de espumas pálidas
volteando su secreto,

palmas de mármol, criaturas
girando al compás del tiempo,
imitándole a la vida
su perpétuo movimiento.

Inútilmente interrogas
desde tus párpados ciegos.
¿Qué haces mirando a las nubes,
José Hierro?



Paul
Cassidy
1/24

TEORÍA Y ALUCINACIÓN DE DÚBLIN

I *Teoría*

UN instante vacío
de acción puede poblarse solamente
de nostalgia o de vino.
Hay quien lo llena de palabras vivas,
de poesía (acción
de espectros, vino con remordimiento).

Cuando la vida se detiene,
se escribe lo pasado a lo imposible
para que los demás vivan aquello
que ya vivió (o que no vivió) el poeta.
Él no puede dar vino,
nostalgia a los demás: sólo palabras.
Si les pudiese dar acción...

La poesía es como el viento,
o como el fuego, o como el mar.
Hace vibrar árboles, ropas,
abrsa espigas, hojas secas,
acuna en su oleaje los objetos
que duermen en la playa.

La poesía es como el viento,
o como el fuego, o como el mar:
da apariencia de vida
a lo inmovil, a lo paralizado.
Y el leño que arde,

las conchas que las olas traen o llevan,
el papel que arrebató el viento,
destellan una vida momentánea
entre dos inmovilidades.

Pero los que están vivos,
los henchidos de acción,
los palpitantes de nostalgia o vino,
esos... felices, bienaventurados,
porque no necesitan las palabras,
como el caballo corre, aunque no sopla el viento,
y vuela la gaviota, aunque esté seco el mar,
y el hombre llora, y canta.
proyecta y edifica, aun sin el fuego.

II

Alucinación

Me acuerdo de los árboles de Dublín.

(Imaginar y recordar
se superponen y confunden;
pueblan, entrelazados, un instante
vacío con idéntica emoción.
Imaginar y recordar...)

Me acuerdo de los árboles de Dublín...
Alguien los vive y los recuerdo yo.
De los árboles caen hojas doradas
sobre el asfalto de Madrid.
Crujen bajo mis pies, sobre mis hombros,
acarician mis manos,
quisieran exprimirme el corazón.
No sé si lo consiguen...

(Imaginar y recordar...
Hay un momento que no es mío,
no sé si en el pasado, en el futuro,
si en lo imposible... Y lo acaricio, lo hago
presente, ardiente, con la poesía.

No sé si lo recuerdo o lo imagino.
(Imaginar y recordar me llenan
el instante vacío.)
Me asomo a la ventana.
Fuera no es Dúblin lo que veo,
sino Madrid. Y, dentro, un hombre
sin nostalgia, sin vino, sin acción,
golpeando la puerta.

Es un espectro
que persigue a otro espectro del pasado:
el espectro del viento, de la mar,
del fuego –ya sabéis de qué hablo–, espectro
que pueda hacer que cante, hacer que vibre
su corazón, para sentirse vivo.



Devotion, 1998

LOS CLAUSTROS

NO, si yo no digo
que no estén bien en donde están:
más aseados y atendidos
que en el lugar en que nacieron,
donde vivieron tantos siglos.
Allí el tiempo los devoraba.
El sol, la lluvia, el viento, el hielo,
los hombres iban desgarrándoles
la piel, los músculos de piedra
y ofrendaban el esqueleto
—fustes, dovelas, capiteles—
al aire azul de la mañana.
Atormentados por los cardois,
heridos por las lagartijas,
cagados por los estorninos,
por las ovejas y cabras.

No, si yo no digo
que no estén mejor donde están
—en estos refugios asépticos—
que en las tabernas de sus pueblos,
ennegrecidos los pulmones
por el tabaco, suicidándose
con el porrón de vino tinto,
o con la copa de aguardiente,

Oyendo coplas indecentes
en el tiempo de la vendimia,
rezando cuando la campana
tocaba a muerto.

No, si yo
no diré nunca que no estén
mucho mejor en donde están
que en donde estaban...

¡Estos claustros...!



VIDA

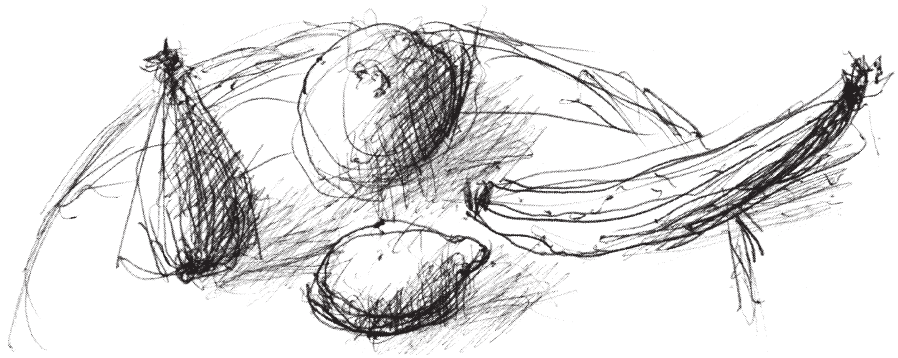
A Paula Romero

DESPUÉS de todo, todo ha sido nada,
a pesar de que un día lo fue todo.
Después de nada, o después de todo
supe que todo no era más que nada.

Grito “¡Todo!”, y el eco dice “¡Nada!”.
Grito “¡Nada!”, y el eco dice “¡Todo!”.
Ahora sé que la nada lo era todo,
y todo era ceniza de la nada.

No queda nada de lo que fue nada.
(Era ilusión lo que creía todo
y que, en definitiva, era la nada.)

Qué más da que la nada fuera nada
si más nada será, después de todo,
después de tanto todo para nada.



Acabose de imprimir el día 14 de diciembre de 1998, festividad de San Juan de la Cruz, poeta, en los talleres de La Gráfica, S. C. And. de Granada, Esta edición consta de ochocientos ejemplares, de los cuales cincuenta van numerados, y sellados, con caracteres romanos y doscientos cincuenta con arábigos.

Ejemplar número:

